

CONVERSACIONES CON EL POETA JUAN GELMAN

Jorge Boccanera

1 – “Valer la pena es estar a la altura de la pena”

Lejos de apoyarse en fulgores pasados, el poeta Juan Gelman desbarata sus propias certezas y asume, como siempre, un lenguaje de riesgo. El resultado es su último libro titulado, *Valer la pena*, repujado por una imaginación frondosa; esa misma herramienta que le permite al poeta interrogar a la vivencia y avanzar con preguntas que funcionan como engranajes de un habla que inquiere, exhorta, interpela.

Gelman, quien actualmente reside en México donde le fue conferido el premio de literatura *Juan Rulfo* (2000) –antes y después recibió el Premio Nacional (1997), el *Rodolfo Walsh* (2000), el *Lezama Lima* en Cuba (2003) y el *Lerici* en Italia (2003)- sigue escribiendo poemas en una vieja máquina Olivetti, asegurando que la computadora “no le va” y que le costó mucho pasar “de la lapicera a la máquina de escribir”.

Publicado por la editorial Seix Barral, *Valer la pena*, se abre desde el título a múltiples lecturas; el alma en pena que busca trascender esa pena, y esa búsqueda de sentido que se prodiga por aquello que realmente vale la pena.

Jorge Boccanera: *¿De dónde sale el título?*

Juan Gelman: Es de un verso de Francisco Urondo; es ambivalente como mínimo. Funciona en el sentido usual de las cosas que valen la pena pero también en que hay que estar a la altura de la pena, que no es fácil.

- J.B.:** *Su poesía está motorizada por la antítesis y la paradoja, mecanismos que apresan el carácter contradictorio de la realidad.*
- J.G.:** Pasa normalmente en la vida esto de los contrastes, es verdad, no es ejercicio voluntario, siempre fue así. Creo que los contrarios nunca se resuelven en una síntesis, viven tensionados y viven uno del otro.
- J.B.:** *Valer la pena, retoma la atmósfera de libros anteriores y a ratos se asemeja a Cólera Buey, uno de los vértices de su obra.*
- J.G.:** Cada conjunto de poemas obedece a un tipo de obsesión que cambia en cada caso, y ese cambio exige un cambio expresivo. La dificultad es salir de una cosa y entrar en la siguiente; no vale la pena hacer algo que ya se sabe cómo va a venir.
- J.B.:** *El cuestionamiento fue una marca de los años 70, esa "cuestión" que es asunto a dilucidar. Su primer libro se llamó Violín y otras cuestiones.*
- J.G.:** Sí, cuestión es eso; además quiere decir pregunta. En francés, 'question' quiere decir pregunta, quiere decir tortura. La raíz es ésa en todo, torturar para extraer confesiones. Es verdad que en los años '60, '70 era común a muchos eso del cuestionamiento desde el punto de vista social y la búsqueda de una expresión.
- J.B.:** *Un poeta amigo suyo, Luis Cardoza y Aragón, habló de "calcar a la imaginación", ¿es el objetivo del poeta?*
- J.G.:** El trabajo de la imaginación es interrogar a la vivencia; a la vivencia como experiencia, choque de la realidad, todo lo que está afuera y tiene muchas caras. La imaginación las interroga para expresar lo que averigua. Esa es la relación entre vida, creación y escritura. Fantasear es otra cosa, tiene otros límites, está ligado más a la elucubración, pero la imaginación poética está profundamente hundida en la experiencia.
- J.B.:** *La palabra "búsqueda" también es el eje de su obra y su vida: búsqueda de la verdad, de su nieta desaparecida, de su nuera asesinada. En Valer la pena hay un matiz; el poeta busca encontrarse consigo mismo.*
- J.G.:** Todo eso gira en torno a lo que pasamos durante años, la derrota, la utopía, los lazos de solidaridad que se rompen; toda esa cuestión. El

libro abre una reflexión sobre eso, con el sentimiento de todas esas cosas. Uno se está preguntando quién era entonces y quién es ahora. Están las mismas preguntas, pero formuladas desde otro lugar.

J.B.: *¿Cuál es su opinión sobre el papel de la crítica literaria, que a ratos en lugar de ser puente entre autor y lector despliega una nomenclatura cerrada?*

J.G.: Bastantes críticos parten de lo que ellos creen debe ser una cosa para analizarla, en vez de partir de lo que la obra propone. No se ubican en lo que una obra dice. Es como si alguien se quejara de que esta mesa no es un elefante y dijese que le faltan los colmillos, las patas. El detalle es que no es un elefante, es una mesa. No todos son así, pero algunos se inclinan por buscar elefantes en las mesas.

J.B.: *¿Puede un porteño como usted -de Villa Crespo- escribir sin todo lo que involucra su ciudad, su lugar? Hace tiempo se refirió usted a las complicaciones en la escritura que provocaban mudanzas, extranjerías, otras lenguas*

J.G.: No, no puede. Nadie puede, sea carioca, barcelonés o parisino. El lugar y su lengua entran para siempre con la infancia en los entresijos de todo el mundo. En Madrid he conocido porteños que hablan como madrileños, con zeta y todo. Lo hacen de puro porteños.

J.B.: *Usted habló de sombras de la dictadura que se proyectan a ratos sobre un presente. Recordó que en los años de plomo el país todo era un campo de concentración, y se refirió a las secuelas.*

J.G.: Una especie de encierro mental. Hace unos años estábamos con mi mujer, Mara, en medio de la investigación por el tema de nieta y dimos vueltas alrededor de Orletti, queríamos precisar si aparte del taller que funcionaba como centro clandestino había otro local más. Me acerqué a un vecino y conversamos, afirmaba que nunca había visto ni escuchado nada. En Orletti hubo simulacros de fusilamiento, balazos, automóviles que salían y entraban, y este señor no había escuchado nada. Y me lo decía 20 años después”.

J.B.: *¿Cómo juega en su escritura la relación entre poesía y periodismo? ¿Hubo concordia, desacuerdo o mera convivencia?*

- J.G.:** El ejercicio del periodismo nunca molestó en mí, al de la poesía. Son dos géneros literarios distintos -porque el periodismo es literatura- que pueden convivir como buenos vecinos. No hay conflicto sino armonía. Ocurre que el periodismo es, simplemente, un vecino que vive en un piso distinto al de la poesía. Y si bien no creo que el periodismo me haya ayudado como poeta, su ejercicio me permitió entrar en contacto con realidades diversas. Son lenguajes distintos, íntimamente enraizados con diferentes misterios de la vida.
- J.B.:** *Como periodista, usted señaló que esta disciplina es un género literario.*
- J.G.:** Por lo pronto hay que manejar la palabra, la cosa empieza ahí. Cuando dije eso me refería al tema del cronista que era lo que me gustaba hacer, la crónica, entrevistar gente. En ese tipo de cosas no entra en juego sólo la información, sino el enfoque de lo que uno está conociendo, hay un criterio propio en juego que tiene que ver con la vida de cada quien”.
- J.B.:** *¿Prefiere entonces entrevistar?*
- J.G.:** Entrevisté a mucha gente, políticos, intelectuales, en fin; recuerdo una con Leopoldo Marechal, también entrevisté al músico griego Mikis Teodorakis; ahí me mandé un chiste. Teodorakis hablaba tanto que puse en el texto todo lo que decía, yo solamente intervenía a ratos con esta frase: ‘puede ser’. Para ahondar en la entrevista uno necesita que el otro lo acompañe y suscitar esa compañía. En los últimos tiempos entrevisté a Carlos Fuentes, al Subcomandante Marcos y a José Saramago, entre otros. La de Saramago fue realmente muy buena porque había respuestas y de fondo”.
- J.B.:** *Como periodista de raza que se desempeñó en diarios, revistas y agencias noticiosas, ¿extraña el ambiente de una redacción?*
- J.G.:** Lo extraño mucho y ante todo el trabajo de cronista, que te pone en contacto con personas desconocidas de la más variada calidad, con su lenguaje de matices propios y su particular manera de ver el mundo. Hay muchos países en un solo país, cada persona es un país.
- J.B.:** *¿Qué significa para usted la figura de Walsh. Usted recibió el premio Rodolfo Walsh, que otorga la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad de La Plata.*

J.G.: Es la de un hombre que buscó siempre la verdad, “lo más escondido y doloroso” dijo, de la verdad argentina, y lo hizo investigando y escribiendo con sumo rigor. Su búsqueda fue siempre rigurosa en vida y obra, y así como puede decirse que la primera marcó la última, me atrevería a afirmar que también su búsqueda de la escritura cavó y abrió cauces a su vida. Así fue en todo, como escritor, como militante, como periodista, y ante todo como hombre. Cuando fue secuestrado estaba escribiendo un libro de cuentos; haciendo una producción muy rica. Además de destruirle la casa, a Walsh le robaron los manuscritos de sus memorias y un texto que estaba escribiendo sobre la matanza de Ezeiza, todo lo que tenía.

J.B.: *De sus muchos textos narrativos y de testimonio, cuáles son los que más le llegan.*

J.G.: Es muy difícil elegir. *Operación Masacre* me parece excepcional, como la *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Pero esos textos son algo más que testimonio y crearon algo nuevo que nadie acierta a definir con precisión: ¿es periodismo?, ¿es literatura?, ¿ambas cosas? *Operación Masacre* se adelantó en años a lo que Truman Capote intentó en *A sangre fría* con bastante menos acierto a mi juicio. De sus cuentos: *Esa mujer*, claro, pero *Irlandeses detrás de un gato* es extraordinario. Y aquí vuelve la pregunta: esos textos impecables, ¿qué son? ¿testimonio?, ¿ficción? Pienso que Rodolfo Walsh recorrió distintos caminos para contar su búsqueda y que, de alguna manera, esos caminos no son paralelos, sino confluyentes.

2 – Valer la pena: La imaginación, herramienta que interroga la vida

Valer la pena, con el sello de Seix Barral, se agrega a la obra dilatada y reconocida de Gelman. Este título podría sintetizarse con una palabra que es abarcadora de su escritura y su experiencia de vida; *búsqueda*. Porque a la búsqueda de lo inapresable de la poesía, se ha ligado en los últimos años una búsqueda terrenal, la de su nieta nacida en cautiverio y la de su nuera Claudia Iruretagoyena, secuestrada por la dictadura militar.

De nuevo Gelman adentra al lector en su respiración ondulante y naufraga con él, como esos prestidigitadores que se apoyan en el atisbo y se asombran junto al espectador a medida que sucede lo inesperado. Y lo inesperado remite a una frase suya -confiar en el misterio- que es a la vez una propuesta: internarse en esa selva de palabras que palpita y se renueva en

cada lectura, con la pasión de quienes dialogan, autor y lector, envueltos en una red de interrogantes.

Así, este nuevo libro ya desde el título propone lecturas diferentes. *Valer la pena* dice que lo que cuesta vale, y su precio es la pena. Dice: uno anda penando por aquello que vale la pena. Uno a veces consigue su propósito, a duras penas. Dice que el alma en pena, quiere trascender la pena. Y que valer la pena es encontrar un sentido a las cosas, a la vida. Remite a merecer.

Lo que vale la pena, para Gelman asume siempre un lenguaje de riesgo. El poeta trata de eludir una retórica cristalizada y ante la hoja en blanco desbarata sus propias certezas. Autor de una obra que “desarma los jamases del mundo” (la frase le pertenece y está dedicada a Olga Orozco), lejos de apoyarse en fulgores pasados, sigue magnetizado por aquello que se presenta como desafío, a sabiendas, como él mismo sostiene, de que “la poesía es lenguaje calcinado”. La contundencia de sus imágenes se da en un marco de despojamiento; como si los grandes ademanes que a ratos tiene la poesía pudieran interferir sobre aquello que quiere expresar. Lenguaje calcinado, entonces, que remite a búsqueda de lo esencial, de decir solamente aquello que valga la pena.

Si una imaginación tiene la capacidad de poner a trabajar a otra imaginación, esa imaginación vale la pena. Expresa Gelman que la relación entre imaginación y memoria es tan intensa que crea otra memoria. De este modo, esa imaginación frondosa es la herramienta con la que interroga pasado, presente y al porvenir.

Las formas expresivas que le son propias a su poesía, van montadas en pelo sobre la obsesión y dan, según estén orquestadas, un libro distinto cada vez. Lozano y todo, este nuevo título, más que integrarse a los últimos, retoma una producción anterior que no privilegiaba un tema único y un rasgo formal determinado (el exilio, las voces apócrifas, la poesía sefardí, los místicos españoles, etc.) sino que nombra desde una atmósfera cotidiana. Entre retratos, nietos y vecinos, aparecen Kosovo, los compañeros muertos, el amor, el otoño, la lluvia, los gatos, los agujeros de la palabra. En este sentido, a ratos se asemeja a *Cólera Buey*, uno de los vértices de su obra.

En *Valer la pena* -poemas escritos entre 1996 y el 2000- están todas las marcas de su poesía, se juntan todos los Gelman: el que reflexiona preguntando, el que compendia en un remate sorprendente esos versos que eran apenas un temblor, el que introduce imágenes fulgurantes en un aire de conversación informal, el tanguero, el de trazo irónico, el que cuenta lo que escucha de otros y se ubica como correa trasmisora en medio de una convención callejera; y sobre todo el Gelman dinamizado por una lucha de contrarios, ese hacer repujado por la antítesis y la paradoja. La poesía misma se alimenta de antinomias, ya que es, según sus palabras, “*un árbol sin hojas que da sombra*”. La paradoja apresa el carácter contradictorio de

la realidad y devela lo esencial: “*lo único que no se pierde es la pérdida*”... “*el corazón pasajero no es/ pasajero del corazón*”, dice.

Hay una urgencia por las cosas que valen la pena; es el detonante de preguntas que funcionan como engranajes y que ponen a funcionar la gestualidad del que inquiere, interpela, exhorta. Julio Cortázar dijo que cuando Gelman pregunta “*nos está incitando a volvernos más lúcidamente hacia el pasado para ser más lúcidos frente al futuro*”.

En una urdimbre que liga lo habitual y lo irracional, dialogan en este libro un grabado erótico y un amplio reportaje a la realidad. Uno dice: “*el esplendor del tiempo respira/ en el hombro de una mujer*”; el otro: “*hay miedo en la memoria prohibida*”. Dialogan la historia y la esperanza. Una dice: “*rostros perdidos en el tiempo para que el tiempo tenga rostro*”; la otra dice: “*¡Ah, vida, qué mañana cuando termines de escribir*”.

Siempre la búsqueda y su razón de ser: aquello que vale la pena. En libros anteriores, además de la indagación formal había una suma de búsquedas: personas, países, recuerdos. En *Valer la pena* el poeta va a encontrarse consigo mismo: dice: “*es hora de preguntar quién soy*”; tiene una certeza: “*seré yo para mí*”; una pena: “*el que soy para mí es un error furioso*”, una duda: “*no sé si soy el fantasma que me visita*”, un consuelo: “*he sido, al menos, y una presunción: “lo que mi infancia no sabe/ yo tampoco lo sé*”. La fluctuación revela espacios intercambiables de una plenitud con espacios borrados que busca su sí mismo en aquello que vale la pena; la belleza de la verdad y la verdad de la belleza.

Dijo Gelman, “*confiar en el misterio*” y escribió este libro, *Valer la pena*. Lo que vale la pena, es el misterio.

3 – Gelman: gustos, vecindades, traducciones

Entre sus muchos oficios, Gelman cuenta el de haber sido traductor para la UNESCO; el dominio de varias lenguas -italiano, inglés, francés, portugués- le permite una lectura de primera mano de autores de distinta procedencia. Hace años tradujo sonetos de Guido Cavalcanti: “Es más difícil traducir poesía que escribirla. Además de Cavalcanti tradujo del idish a un poeta judeonorteamericano de 1915, ahora no recuerdo el nombre. Ahora estoy viendo si puedo traducir cosas de Carlos Drummond de Andrade, a mi modo de ver el más grande poeta brasileño. Me gusta su mirada del mundo desde lo cotidiano. Cansado de que le hablaran del modernismo brasileño, escribió un verso que me encanta: ‘estoy cansado de ser moderno, ahora quiero ser eterno’. En sus obras hay un sentimiento trágico de donde sale mucha de su ironía”.

Y Gelman menciona vecindades, autores preferidos, entre ellos los místicos: “Leo a San Juan de la Cruz, el poeta más alto de la lengua castellana, y a Santa Teresa de Jesús, pero hay místicos alemanes –Eckhardt, Hildegarde de Bingen- y holandeses. Lo de San Juan me parece extraordinario, la riqueza de su lenguaje, las palabras que elige, la pluralidad de sentidos, esto de no saber sabiendo. El poeta español José Angel Valente escribió que San Juan ‘dice lo que dice y dice lo que calla’. Yo digo que también calla lo que dice”.

Tras mencionar a Oliverio Gironde –“posee un tono decantado y desgarrado”- y lamentar que no esté su obra tan difundida en el resto del continente, siente que en general hay poca circulación de poesía latinoamericana: “Más que de aldeanización yo hablaría de balcanización. Es un escándalo que en Argentina no se conozca a escritores tan enormes como el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón y al nicaraguense Carlos Martínez Rivas. Por otro lado, yo recién conocí a fondo la obra de Vicente Gervasi y Juan Sánchez cuando estuve en Venezuela y pude conseguir sus libros”.

4 – Antologías de Gelman

Una nueva antología del poeta Juan Gelman salió recientemente en Alemania bajo el título “Huellas en el agua”, en traducción de Juana & Tobías Burghaedt, edición bilingüe con el sello Teamart. Anteriormente, en el 2001, había aparecido en México -donde Gelman reside desde finales de los años 80- el libro, *Pesar todo*, una voluminosa compilación a cargo del escritor uruguayo Eduardo Milán, con el sello editorial del Fondo Económico de Cultura.

En estos años últimos, los lectores argentinos han contado con escasas referencias de los numerosos libros de Gelman editados en el extranjero. Recientemente, de paso por Argentina para recibir el premio de periodismo *Rodolfo Walsh* por su dilatada labor periodística, otorgado por la facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de La Plata, el mismo poeta dio referencias en breves entrevistas sobre ediciones y traducciones en México y Europa: “*Valer la pena* salió en México y está por salir en Madrid. También en España se está por reeditar *De palabra*, una antología que reúne casi todos los libros que escribí en el exilio. En Francia, dos editoriales acaban de traducir y editar *Carta a mi madre* por un lado, y por el otro un volumen que reúne tres libros: *Salarios del impío*, *Dibaxu* e *Incompletamente*. En un par de meses saldrá en Zurich una antología en alemán y hacia octubre la traducción en ese idioma del libro *Citas y comentarios*.

En Argentina, Gelman presentó hace dos años en la Sala Pablo Neruda

del complejo La Plaza su última obra, *Valer la pena*, un libro de alto voltaje. No es fácil seguir un registro bibliográfico del poeta, sobre todo en la década última. Esto, por la cantidad de libros suyos aparecidos casi simultáneamente en Latinoamérica y Europa, y por su manera de presentarlos, a veces reuniendo en un nuevo libro varios anteriores, sin pasar a conformar antologías. Otra variante son aquellas obras tuyas que juegan como selección de otros libros. Es el caso de *Tantear la noche*, edición para bibliófilos de sólo 400 ejemplares aparecida en España en el 2000, armada con poco más de un 15 por ciento de los textos de *Valer la pena*.

Las últimas compilaciones, *Huellas en el agua* y *Pesar todo*, viene a sumarse a una decena de antologías propiamente dichas y en español, que compendian distintos momentos de su hacer. La primera de ellas fue publicada en La Habana en 1969, *Poemas de Juan Gelman*, y la edición estuvo al cuidado de Mario Benedetti y Jorge Timossi. Dentro de estas recopilaciones, existen varias antologías personales; vale decir que la selección estuvo a cargo del mismo autor. Dos de ellas, *En abierta oscuridad* y *Gelman, antología personal*, editadas en México y Buenos Aires en el mismo año de 1993, reflejan un criterio propio de elección: En el último de los libros citados, Gelman anticipa: "He reunido aquí en orden cronológico poemas pertenecientes a libros que aparecieron entre 1962 y 1988. La voz seguramente cambia, pero las obsesiones no: el amor, la niñez, la revolución, el otoño, la muerte, la poesía, siguen sumiéndome en la abierta oscuridad de su sentido, obligándome a buscar respuestas que nunca encontraré".

Una de estas once antologías de Gelman, que pasó prácticamente desapercibida para críticos y lectores argentinos debido a complejos sistemas de distribución y difusión, es *En el hoy y mañana y ayer*, editada en el 2000 por la Universidad Autónoma de México.